

EL UNIGÉNITO

“Así como no negamos lo que está escrito, de igual manera rechazamos lo que no está escrito. Creemos que Dios nació de la Virgen, porque lo leemos; no creemos que María tuviera otros hijos después del parto, porque no lo leemos”.

San Jerónimo.

Por NELSON CRESPO

Ilustración: BALLATE

La Iglesia ha confesado **L**ininterrumpidamente a lo largo de los siglos a María como la “Aeiparthenos”, la “Siempre Virgen”. Pero, ¿por qué este énfasis en la virginidad de la Madre del Señor?

Aunque a primera vista pudiera parecer algo no interdependiente, el cristiano no puede eludir el hecho de que, para aceptar a Jesús como el Mesías, como el Hijo de Dios hecho hombre, precisa de la aceptación de la virginidad de María: “señal” de su autenticidad. El profeta Isaías, (unos 700 años antes de su nacimiento), así lo había anunciado al acorralado rey Ajaz: “...el Señor mismo va a darles una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7, 14).

Es decir, la virginidad de María nos es dada por Dios como “señal”, como “signo”. Ahora bien, tanto en el contexto de las Sagradas Escrituras, como en el contexto del pueblo de la Alianza, cuando Dios da una “señal”, si ésta pierde su esencia, deja de significar aquello que refiere. En el caso que nos ocupa, la autenticidad del Mesías, de cuya veracidad el profeta Isaías refiere que la virgen encinta es la “señal”, ésta ya no sería cierta, (o sería cuestionable), si el “signo” profetizado quedara vacío en cuanto a su significado, dígame temporal o definitivo.

¡Alégrate, llena de gracia!

(Lc 1, 28)

Para ser la Madre del Señor, María es elegida y dotada por Dios, en atención a los méritos de su Hijo, con dones a *Espacio Laical 3/2008*

la medida de la singular e irreplicable misión que le es encomendada. La Virgen es presentada en el evangelio como quien está en comunión plena con Dios: “...el Señor es contigo”, enfatiza el ángel, “...el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1, 28-38).

La Virgen es el “instrumento”, (aunque no pasivo), el “Arca” por medio de la cual Aquel que es en sí mismo la Nueva Alianza, se hace hombre. De ahí que el poder que la “cubre con su sombra” evoque de modo unívoco, no sólo en cuanto al texto, sino también en cuanto a su significado, la “nube del Señor”, (símbolo de lo divino), que cubría la tienda del desierto (Ex 40, 34) o que llenaba el Templo de la Ciudad Santa (1 Re 8, 10). Este “poder” es la acción trascendente de Dios, su presencia; es, en una palabra: su acampar en medio de los hombres (cf. Jn 1,14).

Es por ello que después del ¡Alégrate!, primera palabra que el mensajero celeste dirige a la Virgen, éste la saluda como la “Kejaritóméne”, término griego que ha sido traducido al español como “llena de gracia”, pero cuyo significado es mucho más amplio. “Kejaritóméne” significa: “Gracia Permanente” o “Perfección de Gracia”, verbo que, usado en el Evangelio en “pasivo perfecto”, denota una “continuación de acción”, una “permanencia de la gracia”, una oblación.

Y es que María es creada, predestinada y transformada por la gracia de Dios, para convertirse no sólo en la Madre del Salvador, sino para serlo permaneciendo virgen; de

ahí que el nacimiento de Cristo, lejos de disminuir, consagra la integridad virginal de su Madre; criatura escogida por antonomasia para ser, de entre los elegidos de Dios, santa e inmaculada en su presencia (cf. Ef 1, 4): “¡Bendita tú entre todas las mujeres!”, exclamará exultante Isabel movida por el Espíritu Santo (Lc 1, 42). Es decir, lo obrado en María no es cuestión de “palabras rebuscadas” o de “sabiduría humana” (1 Co 2,13), sino más bien acción del Espíritu Santo (Ef 3,5); es algo “re-“velado”, algo manifestado y vuelto a velar, algo sólo asequible mediante la gracia.

Únicamente desde la revelación, desde la gracia, se puede entender la reacción de la Virgen ante el anuncio de su maternidad inminente: “... ¿cómo será esto, si no conozco varón? ... He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 34-38); expresión de acatamiento al inescrutable designio de Dios que María pronuncia sólo después de que, ante su perplejidad y desconcierto, el ángel, a modo de memorándum, le interpela: “Para Dios ninguna cosa es imposible” (Lc 1, 37).

Los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres (cf. Mt 16, 23).

Los que han cuestionado la virginidad perpetua de María abogan que este estado sería algo “antinatural”, algo que saldría de los “humanos cánones” de cara a su condición de “desposada” (como si el misterio de la Encarnación fuera algo que la razón humana hubiera podido siquiera pensar). Para este fin utilizan textos

cuyo significado reinterpretan. Pero, antes de ahondar en los textos, hagamos algunas precisiones:

En el momento de la Anunciación los evangelios refieren que María estaba desposada con José. Como en el resto del antiguo Oriente, en Israel era el padre, como jefe de familia, quien elegía esposa para su hijo; y el contrato matrimonial, (el desposorio), que fijaba la cuantía de la dote de la esposa, se celebraba entre los padres de los contrayentes. El desposorio creaba una situación protegida por la ley, en caso de infidelidad, la ya considerada “esposa”, moría apedreada.

En este estado se encontraba María en el momento de la Anunciación. Recordemos que cuando José tiene noticia de su embarazo, precisa el evangelista: “María, estaba desposada con José y, **antes** de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. **Su marido** José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto... y el ángel del Señor le dijo: José... no temas tomar contigo a María, **tu mujer**, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo, ... y (José) no la conocía **hasta** que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús” (Mt 1, 18-25).

Es decir, el evangelista nombra a José “**su marido**” y el ángel a María “**su mujer**”, aún estando únicamente “desposados”, (comprometidos diríamos hoy), aún “**antes de empezar a estar juntos**”.

Con este precedente en el uso de las “terminologías”, acerquémonos a los textos.

¡Ay de quien cambie las palabras de este libro! (cf. Ap 22, 19).

En el texto citado, ante las palabras “antes” y “hasta” no han faltado los que dicen de modo simplista: “El texto afirma que después del nacimiento de Jesús, la Virgen dejó de ser virgen, pues vivió “humanamente” con José y tuvo más hijos”, olvidando que en griego, (idioma en el cual nos han llegado la mayor parte de los textos del Nuevo Testamento), las palabras

“antes” (prin) y “hasta” (heos) indican una condición anterior, no posterior.

Para mayor claridad acerquémonos de modo elemental, (como elementales son los términos), a estas palabras en otros contextos bíblicos. Por ejemplo, el libro segundo de Samuel recoge: “...y Mical, hija de Saúl, no tuvo más hijos **hasta** el día de su muerte” (6, 23). ¿Está expresando el texto que Mical tuvo hijos post-mortem?...

Salta a la vista que el término “hasta” no significa, ni en las Escrituras, ni lingüísticamente, una condición previa que después desaparecerá, sino que es una negación de la acción en el pasado, sin implicar una realización forzosa en el futuro, siendo su función resaltar el punto neurálgico del tema. En el caso del texto citado, el evangelista intenta destacar la esencia del misterio de la Encarnación: Jesús, el Hijo de Dios, se hace hombre sin intervención humana, sin intervención de José; Cristo se hace carne en el seno inmaculado de la Siempre-Virgen-Madre, (aún biológica), por obra y, sobre todo por gracia, del Espíritu Santo.

Usemos ahora el mismo procedimiento con el término “antes”: En el Evangelio de Juan, por ejemplo,

... la expresión
“hijos de María”
no aparece
nunca, (ni
siquiera en una
ocasión), en
las Sagradas
Escrituras

el pasaje del oficial de Cafarnaúm refiere que éste rogó a Jesús: “Señor, baja (de Caná a Cafarnaúm) **antes** que muera mi hijo” (4, 49).

Si leemos el versículo 51 nos damos cuenta que el muchacho no murió. Así pues, la palabra “antes” no implica tampoco algo que después sucederá ineludiblemente.

Y dio a luz a su hijo primogénito (Lc 2, 7).

Las Sagradas Escrituras presentan invariablemente a Jesús como el unigénito de María, como su primogénito; término que algunos polemizan al pasar por alto que primogénito nunca ha significado “primero de muchos”, sino que etimológicamente significa “no precedido de otro”, (primo-genitus: primer engendrado); a lo que se añade que en el contexto bíblico “primogénito” es el primer varón nacido de mujer, sin importar si después nacen o no más hijos, siendo una posición de honor, no de orden numérico (Ex 13,2).

De este modo, como primogénito, a los 40 días de nacido, María presenta ritualmente a su Hijo en el Templo (Lc 2, 22); como unigénito lo vemos en la huida y en el retorno de Egipto, cuando sólo regresan, al cabo de los años, María, José y el Niño (Mt 2, 21); en la peregrinación anual a Jerusalén con motivo de la Pascua, donde sólo se mencionan ellos tres (Lc 2, 41-42). Es precisamente en esta peregrinación donde se menciona a José por última vez.

¿Murió José en estas fechas? La Escritura calla, pero a partir de que Jesús tiene 12 años José no es mencionado más.

Por eso, cuando durante la vida pública de Jesús aparecen en escena unos llamados “hermanos del Señor”, entre ellos cuatro “hermanos” citados por sus nombres y varias “hermanas”, (cuyos nombres no se especifican), cabe cuestionarse: ¿Quiénes son estos llamados “hermanos”? (seis como mínimo).

“Hermanos”

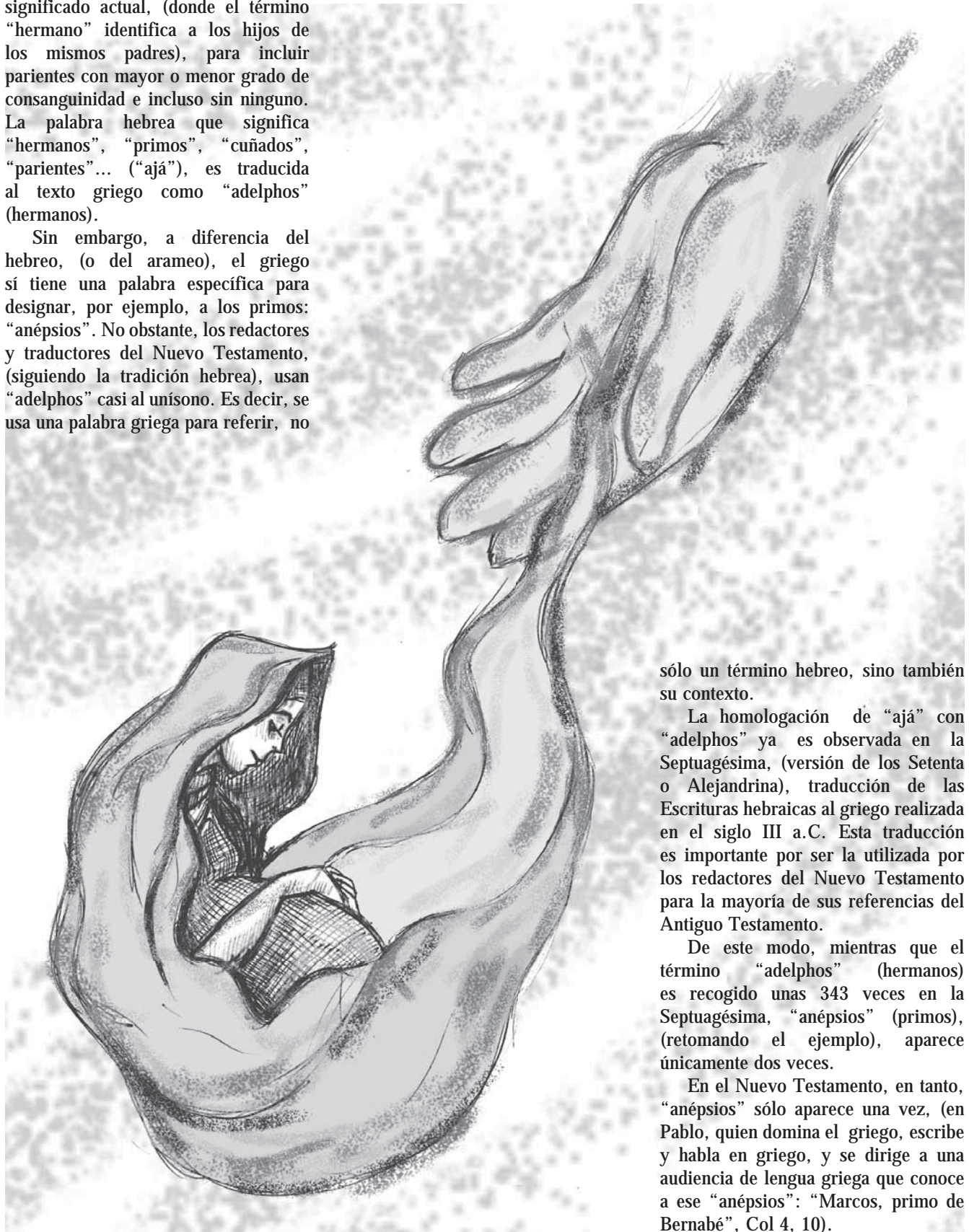
Antes de dar respuesta a esta interrogante es necesario precisar a quiénes el lenguaje bíblico denomina “hermanos”.

Si bien en griego las palabras “hermanos” y “hermanas” tienen el mismo significado que tienen hoy entre nosotros, estas expresiones son la traducción del equivalente arameo que

se empleó en la Iglesia naciente.

El arameo, así como el hebreo bíblico, se aparta en este punto del significado actual, (donde el término “hermano” identifica a los hijos de los mismos padres), para incluir parientes con mayor o menor grado de consanguinidad e incluso sin ninguno. La palabra hebrea que significa “hermanos”, “primos”, “cuñados”, “parientes”... (“ajá”), es traducida al texto griego como “adelphos” (hermanos).

Sin embargo, a diferencia del hebreo, (o del arameo), el griego sí tiene una palabra específica para designar, por ejemplo, a los primos: “anépsios”. No obstante, los redactores y traductores del Nuevo Testamento, (siguiendo la tradición hebrea), usan “adelphos” casi al unisono. Es decir, se usa una palabra griega para referir, no



sólo un término hebreo, sino también su contexto.

La homologación de “ajá” con “adelphos” ya es observada en la Septuagésima, (versión de los Setenta o Alejandrina), traducción de las Escrituras hebraicas al griego realizada en el siglo III a.C. Esta traducción es importante por ser la utilizada por los redactores del Nuevo Testamento para la mayoría de sus referencias del Antiguo Testamento.

De este modo, mientras que el término “adelphos” (hermanos) es recogido unas 343 veces en la Septuagésima, “anépsios” (primos), (retomando el ejemplo), aparece únicamente dos veces.

En el Nuevo Testamento, en tanto, “anépsios” sólo aparece una vez, (en Pablo, quien domina el griego, escribe y habla en griego, y se dirige a una audiencia de lengua griega que conoce a ese “anépsios”: “Marcos, primo de Bernabé”, Col 4, 10).

Este es el motivo por el cual en las Escrituras el término “adelphos” aparece referido, (además de los hijos de los mismos padres), a miembros de la familia con parentescos de mayor o menor grado de consanguinidad.

A Lot, por ejemplo, se le llama “hermano” de Abraham (Gen 14,16), cuando en realidad es su sobrino (Gen. 12, 5); Labán, tío de Jacob (Gén 29, 10), es llamado su “hermano” (Gén 29, 15); las hijas de Selofjad llaman “hermanos suyos” a personas que son “hermanos de su padre” (Jos 17, 4)..., etc.

“¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?” (Mc 6, 3).

¿Quiénes son estos personajes? Veamos por separado cada uno de ellos. Comencemos por Santiago:

Santiago (el menor), (Jacobo: Yaakob en hebreo; Iago en gallego y galés, de ahí el actual Santiago hispano: San-Iago), es un personaje bien conocido en el Nuevo Testamento, hijo de Alfeo (Mt. 10, 3) y de una mujer llamada María (Mc. 15, 40).

En Gálatas 1, 19 Pablo refiere: “Y no vi a ningún otro apóstol, y sí a Santiago, el hermano del Señor”. Por este texto sabemos que uno de los llamados “hermanos del Señor” era apóstol y que se llamaba Santiago.

Santiago el menor es denominado, a su vez, “hermano de Judas”. Este Judas es considerado el autor de la epístola que lleva su nombre, al comienzo de la cual se auto presenta: “Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Santiago” (Jud 1).

Ahora bien, si Santiago y Judas eran hermanos de Jesús, siendo ellos “hermanos también”, ¿por qué Judas sólo dice “siervo de Jesucristo” y no añade “hermano” de Él como lo hace con su hermano Santiago? (Algunas versiones, p.ej. “Dios habla hoy”, refieren: “Judas, ‘hijo’ de Santiago” (Lc 6, 16; Hech 1, 13), pero se trata inobjetablemente

de la misma persona, pues ocupa en las listas de Mt 10, 3 y Mc 3, 18 el lugar correspondiente a las de Lc 6, 16 y Hech 1, 13), (otro ejemplo del heterogéneo uso del “adelphos”).

Santiago es presentado, además, como hermano de José y Salomé (Mc 15, 40). Es decir, Santiago el menor, Judas (Tadeo), José y Salomé son hermanos, siendo hijos de María y Alfeo y los evangelios de Mateo y de Marcos nos dicen que María, la madre de Santiago, José y Salomé, estaba al pie de la Cruz de Jesús (Mt 27, 56).

Sin embargo, el Evangelio de Juan es más explícito al nombrar

Y es que María es creada, predestinada y transformada por la gracia de Dios, para convertirse no sólo en la Madre del Salvador, sino para serlo permaneciendo virgen

quiénes estaban al pie de la Cruz, al respecto nos dice: “... junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena...” (Jn 19, 25).

El nombre Cleofás (o Clopás) es la transcripción griega del nombre arameo Alfeo (o Jalfai). Debemos recordar que el Evangelio de Mateo fue escrito originalmente en hebreo (puede referirse también el arameo), Marcos y Lucas, aunque fueron escritos en griego, tomaron como base la misma fuente sinóptica, a diferencia del evangelio de Juan que desde un inicio fue escrito en griego.

(Algo similar ocurre con la traducción de otros nombres: Saulo (Saúl) en hebreo es Pablo en griego,

Leví-Mateo, Judas-Tadeo, etc.).

Es decir, el Evangelio de Juan nos dice que María, la esposa de Cleofás (Alfeo), y María, la madre de Jesús, son “hermanas” (o parientes); por tanto, los llamados “hermanos del Señor” (Judas, Santiago... José) son hijos de una “hermana” de la Virgen y, en consecuencia, “primos” de Jesús, (“anépsios”, no “adelphos”), o bien parientes de otra procedencia.

En el caso de Simón, (el “cuarto” hermano), el historiador palestino Hegesipo, (siglo II), precisa que Cleofás era hermano de José, (el esposo de la Virgen), y padre de Judas (Tadeo) y de Simón.

¿Eran María, la madre de Jesús, y María, la esposa de Cleofás, “hermanas consanguíneas”, (según el “adelphos” griego), o sólo “cuñadas” (parentesco homologable al término “hermana” según el “ajá” hebreo)?

¿Tuvo Jesús hermanos?

Al menos por parte de María las Escrituras no le adjudican a ella, fuera de Jesús, hijo alguno; la expresión “hijos de María” no aparece nunca, (ni siquiera en una ocasión), en las Sagradas Escrituras, (en ninguna versión), las cuales, unánimemente, presentan a Jesús como el Unigénito de la Santísima Virgen.

¿Y por parte del Padre?

Jesús mismo nos da la respuesta y aquí los cálculos matemáticos sí se complican: “Mi madre y mis hermanos son todos aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8, 21).

